

que no pudo controlar, engendrando un nacionalismo que años después se volvería por su propia lógica interna en el enterrador del régimen liberal.

Pero la red ideológica es más complicada aún porque el nacionalismo populista, representado por el peronismo, admitía otra fuente de origen muy diverso y hasta opuesto al nacionalismo católico. Hubo un esbozo de nacionalismo populista en el radicalismo yrigoyenista. Su carácter de primer gobierno surgido de las urnas, le dio retrospectivamente un aire progresista que no tuvo en la realidad. El yrigoyenismo no estuvo a la altura no ya de los partidos radicales europeos contemporáneos, sino ni siquiera del equivalente uruguayo, el battlismo. Impidió reformas básicas que exigía la modernización como la separación de la Iglesia y el Estado, o la ley del divorcio promulgada por Battle Ordóñez en el Uruguay pero rechazada en cambio por Yrigoyen... el soltero con hijos naturales. Si la República liberal no había sido democrática, a su vez la República radical no era liberal en términos políticos y culturales. Pero tampoco era consecuentemente democrática: mantuvo el modo de gobierno personalista de los caudillos conservadores, sustituyó el fraude electoral de los conservadores por la intervención a las provincias opositoras, menospreció al Congreso donde nunca puso un pie, ni siquiera para inaugurar sus sesiones. Superó a los conservadores en el reparto de prebendas y privilegios entre los partidarios, acentuando de ese modo la corrupción, el desorden administrativo, la desmesurada burocratización, la crisis fiscal.

Mas aún, el yrigoyenismo inició la tendencia hacia la sociedad corporativa, fue el primero en alentar el acercamiento entre Iglesia y ejército, y entre ambas y el Estado. Su original estilo de gobierno preanunciaba todos los rasgos del nacionalismo populista: culto al líder carismático, corte de fanáticos, uso abusivo de la propaganda, nacionalismo exacerbado disfrazado de antiimperialismo, visión mesiánica y patética de la política, concepción del radicalismo no como un partido político sino como un movimiento que expresaría la voluntad popular, división de la sociedad en dos sectores antagónicos irreconciliables, fetichismo de la unidad nacional incompatible con la pluralidad democrática, oposición del concepto romántico de pueblo al de clases sociales. No es casual que el intelectual del radicalismo Ricardo Rojas haya llevado su nacionalismo hasta los extremos de la xenofobia y aun del antisemitismo. No es casual tampoco que del radicalismo haya salido uno de los ideólogos más importantes del peronismo Diego Luis Molinari. El grupo Forja al que pertenecían Scalabrini Ortiz, Jauretche y Homero Manzi se pasó casi íntegramente del radicalismo al peronismo.

Tampoco es casual que Perón, cuando todavía no había formado un partido propio, pensó buscar apoyo en el radicalismo al que encontraba afín y

logró llevarse consigo una fracción del mismo; su primer vicepresidente fue al fin un caudillo radical. Fue Perón el primero en reivindicar a Yrigoyen como su precursor y trazar así la línea del movimiento histórico del que Alfonsín intentaría vanamente ser la tercera expresión.

Este borrador de nacionalismo populista del yrigoyenismo fue un fracaso, entre otras causas por la total ceguera ante los cambios económicos que debió afrontar y no supo ver, el agotamiento a partir de la guerra del modelo agroexportador y por consiguiente de la alianza comercial con los ingleses.

A partir del golpe militar de 1943 y especialmente en el periodo histórico del peronismo 1945-1955, se instaló el nuevo modelo del nacionalismo populista que esta vez llegaba para quedarse, y que, desde el poder o desde la oposición y aun de la marginación, marcaría cuarenta años de la vida argentina.

Los regímenes que por apartarse de la democracia parlamentaria se han dado en llamar «estados de excepción» pueden clasificarse en tres tipos: dictadura militar tradicional, bonapartismo y fascismo. En realidad no se trata de formas muy definidas; los límites entre ellas son imprecisos y sólo puede hablarse del grado de predominio de unas sobre otras y de la combinación que se da entre ellas. El peronismo no fue una forma nueva, original, distinta, autóctona, sólo idéntica a sí misma, como pretenden tanto sus adeptos como la mayor parte de quienes han intentado interpretarlo. Sin negar sus especificidades, el peronismo encaja en los modelos universales, bonapartista y fascista, constituye una combinación de ambos, y aun puede decirse que participó de los tres tipos de estado de excepción, ya que surgió de una dictadura militar de corte clásico, pues sin el golpe militar del 43 nunca hubiera llegado, derivó hacia el bonapartismo y aspiró siempre a ser un fascismo y realizó la mayor cantidad de fascismo que le permitieron la sociedad argentina y la época en que le tocó actuar.

El bonapartismo es una categoría política elaborada por Marx basándose en los regímenes de Napoleón III y de Bismarck. Su originalidad consiste en que contrariamente a las dictaduras tradicionales que excluyen a las masas y gobiernan por la represión lisa y llana, los regímenes bonapartistas integran a las masas. En lugar de constituirse en representantes de las clases dominantes, pretenden junto con la Iglesia y el Ejército constituirse en árbitro entre las clases sociales. Un rasgo novedoso consiste en alternar la represión con las concesiones. Los regímenes bonapartistas fueron los creadores de la asistencia social desde el Estado

¿Qué diferencia al bonapartismo del fascismo? No hay una contraposición excluyente entre ambos: el bonapartismo es una forma atenuada de fascismo y el fascismo es una forma exacerbada de bonapartismo. Mientras

que el bonapartismo es reformista, el fascismo es revolucionario, una revolución de derecha. Es revolucionario porque no surge de las clases altas tradicionales, sino que forma una nueva élite del poder, que es una antiélite porque está compuesta en gran parte de marginales. Evita es un ejemplo paradigmático de antiélite. Es revolucionario porque a diferencia de las dictaduras clásicas, que pretenden restaurar los valores tradicionales en peligro, el fascismo crea una nueva ideología distinta a la tradicional y aparentemente opuesta y que por abarcar todos los aspectos de la vida y querer dar al pueblo un nuevo sentido de la misma, adquiere el carácter de una religión política.

El rasgo que mejor caracteriza al fascismo y que le da su aspecto más revolucionario, es su relación con las masas. A diferencia de la derecha tradicional, el fascismo se apoya en las masas. A diferencia del bonapartismo que se limita a integrar las masas, el fascismo además las moviliza. El líder carismático fascista no busca sólo la obediencia de las masas, sino además su adhesión activa, un sentimiento o pasión colectiva que se parece mucho al amor. Un grave error de análisis político es pretender negar el carácter fascista del peronismo clásico por el apoyo y movilización de masas populares cuando eso es precisamente lo que caracteriza al fascismo. Por otra parte quienes se empeñan en diferenciar peronismo y fascismo contradicen al propio Perón que nunca ocultó su adhesión al mismo como queda documentado en sus libros *La hora de los pueblos* y *Latinoamérica ahora o nunca* y en el reportaje que le realizara Félix Luna.

Queda por analizar otro rasgo fundamental del peronismo y del fascismo que es el totalitarismo. Esta es una categoría política que se aplica a regímenes distintos como el fascismo y el estalinismo, y también, con cierta limitación, a sistemas de otras civilizaciones y épocas como el despotismo oriental de la Antigüedad, Esparta o el imperio incaico. La Argentina conoció innumerables y variadas dictaduras a lo largo de su historia pero sólo dos sistemas totalitarios, el rosismo en el siglo XIX y el peronismo en el siglo XX.

El totalitarismo, de ahí su nombre, subordina al Estado y al movimiento político que está en posesión del Estado, todos los aspectos de la vida humana, introduciéndose en los últimos recovecos de la privacidad, aún los más íntimos como las costumbres, la vestimenta, el corte de pelo o el comportamiento sexual. Se reprime toda originalidad, variedad o divergencia para lograr una sociedad homogénea. La sociedad civil desaparece asimilada por el Estado, la vida privada es absorbida por la vida pública, el individuo por la colectividad. Esos resquicios que dejan las dictaduras tradicionales para refugiarse en el silencio y la privacidad no existen en el

totalitarismo. En las dictaduras tradicionales basta con callar, en el totalitarismo además hay que gritar.

El totalitarismo crea un estado de ánimo colectivo que en determinadas circunstancias es llevado al paroxismo y se transforma en una locura colectiva, en un delirio de unanimidad. En la concentración de masas de las fiestas totalitarias se experimenta una simbiosis afectiva entre el líder y las masas participantes. En los momentos de gran ebullición se produce la fusión de las conciencias individuales. El propio yo como algo independiente y unitario se disuelve en el todo, se trata de una experiencia similar a los efectos de algunas drogas alucinógenas o danzas rituales o trances o éxtasis místicos.

El totalitarismo ha desaparecido de nuestro país y del mundo occidental, pero con la desaparición de esas grandes religiones políticas pareciera ser que el espacio vacío es llenado por espectáculos de masas apolíticos y aparentemente inofensivos como los festivales de rock o el fútbol, donde vuelve a experimentarse ese delirio de unanimidad. Dado que los recursos de difusión con que cuentan estos espectáculos llegan a extremos tales que nunca pudieron alcanzar aquellos grandes dictadores, no es exagerado temer que aun sin proponérselo preparan una mentalidad totalitaria, al exaltar la emoción colectiva sobre la inteligencia, los sentimientos gregarios sobre los individuales.

No obstante y afortunadamente, los delirios de unanimidad duran poco tiempo. La utopía totalitaria es difícil de mantener; sólo lo consiguieron en forma plena el nazismo, el estalinismo y el maoísmo. El fascismo italiano, en cambio, nunca fue un totalitarismo cabal, porque debió compartir su poder con la monarquía, la Iglesia y el ejército. Del mismo modo el peronismo nunca logró ser un totalitarismo pleno porque las fuerzas armadas y la Iglesia, aunque lo apoyaron, mantuvieron cierta distancia, porque no logró destruir a la oposición política y porque casi la mitad de la sociedad civil fue su adversaria. El totalitarismo no importa necesariamente una tiranía sangrienta. La Italia mussoliniana, antes de su alianza con Hitler, no lo fue. El peronismo tampoco, pero precisamente esa relativa falta de crueldad hizo que el peronismo, a diferencia del nazismo, fuera más peligrosamente engañoso, y mucho más fácil de perdurar, de repetirse y aún de ser rehabilitado por quienes se piensan a sí mismos como demócratas.

El nacionalismo populista pareció terminado con la caída de Perón en 1955. Sin embargo, se convirtió en la principal ideología opositora. Hacia fines de los años 50 se había producido un fenómeno inédito, la peronización de vastos sectores de la clase media, dándole de ese modo el tinte inte-